Literatura contemporánea.

SONETOS

Cauteloso arquitecto de colmena,
voy labrando celdilla tras celdilla
y las voy amueblando de amarilla
miel y de cera virgen y morena.

Miel, flor de flores, que unta y envenena
de loca dulcedumbre nuestra arcilla;
y cera, que es espíritu, que brilla
y arde de amor y se consume en pena.

Burlo y venzo después toda aspereza,
y rindo suave al tacto la corteza
y a la vista armonioso el edificio.

Y mi soneto es alta flor de tela
que exhibe ardiente y pudorosa cela,
piel de emoción y hueso de artificio.

* * *

Como hoy empieza abril, y nada esperas
de una amistad que hacia el desdén deslizas,
quiero enviarte unas flores primerizas.
Cuídalas bien, mujer. Si tú supieras...

Allá van a tus brazos prisioneras
con la ilusión de ver si tú las brizas,
por ver si compasiva las bautizas
de lágrimas que en vano prohibir quieras.

Las guardarás después en tu museo
junto a las otras, ¿no? Yo así lo creo.
—Nunca—te dije—las verás marchitas—.

Levanta el rostro y mira en las praderas
celestes las perennes primaveras
de aquellas inmortales margaritas.

Por festejar, amigos, vuestra boda
se corona de flores mi barbecho
y arrebolado el pájaro del pecho
mide su canto en el compás de moda.

La vida, esposos nuevos, vuestra es toda
y a vuestro entrelazado vuelo estrecho
el techo será cielo, el cielo techo
y árbol de luz que nunca sufre poda.

Cuando crucéis, las manos en las manos,
en los ojos los ojos, los profanos
paisajes florecidos, yo quisiera

robar a vuestro amor sólo un minuto.
Pedid que al torpe célibe—¡flor, fruto!—
le contagie y le salve primavera.

(En la boda de P. S. y J. M. del C.)

* * *

Por fin mis ojos áridos de sueño
te han vuelto a ver. Y ha sido una mañana
como la vez primera tan lejana.
¿Es aquel sol de otoño este abrileño?

Soplaste de mi frente el torvo ceño
que anudaran la fiebre y la desgana,
y eres ya en tu presencia meridiana
la flor tenaz de mi imposible empeño.

¿Cómo pedirte más? Ya es excesivo
pago para mis versos ser tú el vivo
pasto celeste de mis ojos lentos.

No me niegues los tuyos, que se abreva
ya en ellos sin que de otras fuentes beba
mi rebaño de ardientes pensamientos.

Mafalda Ermelina

(Traducción de Eugenio de Castro.)

Otro lucero alumbra ya en mi casa.
Un nuevo ruiseñor canta en mi nido.
Mira si no es un pájaro dormido
o una estrella de luz que nos abrasa.

Qué lindo es su dormir, a modo de asa
bajo la frente el brazo retorcido.
Pero a veces la miro enternecido
y un dolor impensado me traspasa.

Y es que sueño, fiado en Dios inmenso,
para mis hijos una vida bella
hecha de días claros y serenos.

Y al compararla a sus hermanos, pienso
que al ser ella la más menuda, es ella
el hijo con quien he de vivir menos.

(Este soneto es el último de una serie de cinco titulada «Os meus filhos». La traducción—hace años hecha—cobra hoy actualidad, ya que este «nuevo ruiseñor» es hoy una adorable poetisa de quince años, Mafalda de Castro, dada a conocer por su padre en una reciente conferencia que el ilustre poeta portugués explicó en Madrid sobre «El soneto en Portugal».)

Gerardo Diego.